

LECCION XLIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,  
POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Definicion del sacramento del Orden.—Sus elementos.—Su institucion.—Sus efectos.—Alteza y beneficios del sacerdote.—Hecho histórico.—Disposiciones para recibir el sacramento del Orden.—Necesidad de él.—Origen de la tonsura.—Qué significa.—Ceremonias y preces que acompañan á su recepcion.—Clase y número de órdenes.—Referencia entre ellos.

Los Sacramentos que acabamos de explicar preparan, consuman, reforman y consolidan nuestra union con nuestro Señor; pero esta union divina ha de ser asequible á todas cuantas generaciones vinieron al mundo hasta la consumacion de los siglos; y hé aquí al Hijo de Dios disponiendo un medio para ello, siendo el Salvador de todos los hombres que existieron, existen ó existirán por siempre jamás; á cuyo efecto instituye el sacramento del Orden.

1.º *Definicion.* El Orden es un Sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo que da facultad para desempeñar las funciones eclesiásticas y la gracia de ejercerlas santamente. En la consagracion de los ministros del altar se reunen todos los requisitos propios de un Sacramento de la ley nueva: 1.º un signo exterior y sensible, cual es la imposicion de manos y el contacto de los sagrados vasos, y además las preces del obispo; 2.º una señal instituida por nuestro Señor; 3.º una señal que tiene virtud de producir gracia, todo lo cual probarémos en el curso de esta leccion. Por esto el Orden fué siempre mirado cual verdadero Sacramento, segun lo prueban las mas antiguas liturgias, aun entre las sectas separadas de la unidad desde los primeros siglos <sup>1</sup>. Los Padres mas distinguidos, san Agustin <sup>2</sup>, san Juan Crisóstomo <sup>3</sup>, san Jerónimo <sup>4</sup>, san Leon <sup>5</sup>, hablan del Or-

<sup>1</sup> Dronia, *De re sacrament.*; Chardon, *Hist. de los Sacrament.* t. VI, etc.  
<sup>2</sup> Lib. II *Contr. Epist. Parmen.* c. 13.  
<sup>3</sup> Lib. III *de Sacerdot.* c. 42.  
<sup>4</sup> Adv. Lucifer.  
<sup>5</sup> *Epist. ad Dioscor.* LXXXI.

den como de un Sacramento real, y á su autoridad solo añadirémos el hecho siguiente: En el siglo IV vivia un santo varon, llamado Martirio, el cual por humildad rehusaba ser ordenado diácono, y decia á Nectario, patriarca de Constantinopla, recién bautizado y ordenado: «Dos grandes Sacramentos acaban de purificarte y santificararte, esto es, el Baulismo y el Orden <sup>1</sup>.» Creíase ya entonces ser el Orden un Sacramento instituido por Jesucristo que al igual del Bautismo tiene la virtud de conferir gracia; con razon, pues, lo mismo en este punto que en todos los demás, ó vos, Iglesia católica, madre y señora nuestra, fuísteis infalible órgano de la tradicion y de las Escrituras al pronunciar contra el orgullo de la razon este formal anatema: «Si alguno dijere que el Orden ó la ordenacion «no es un verdadero Sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado <sup>2</sup>!» Llámase Orden este Sacramento, porque representa varios grados y jerarquías, dependientes unas de otras, si bien encaminadas al mismo fin, conforme se verá mas adelante <sup>3</sup>.

2.º *Elementos del sacramento del Orden.* La materia de él es la imposicion de manos y el contacto de los vasos sagrados, y su forma las preces del ministro <sup>4</sup>. Estas preces no pueden ser mas venerables, pues su uso se remonta hasta los primeros tiempos de la Iglesia; de manera que los Apóstoles al ordenar á los primeros diáconos ya les imponian sus manos, y oraban por ellos. Los ministros del sacramento del Orden son los obispos: tal es la doctrina de la Iglesia.

3. *Institucion.* El sacramento del Orden fué pronunciado por el divino Salvador cuando dijo á sus Apóstoles que les haria ministros

<sup>1</sup> Sozom. lib. VII Hist. c. 10.

<sup>2</sup> Conc. Trid. sess. XXIII, can. 3.

<sup>3</sup> Status Ecclesie est medius inter statum nature et glorie. Sed in natura invenitur ordo, quo quedam aliis superiora sunt, et similiter in gloria, ut patet in Angelis. Ergo in Ecclesia debet esse ordo... Deus sua opera in sui similitudinem producere voluit, quantum possibile fuit, ut perfecta essent et per ea cognosci posset, et ideo ut in suis operibus representaretur, non solum secundum quod in se est, sed etiam secundum quod aliis influit, hanc legem naturalem imposuit omnibus, ut ultima per media reducerentur et perficerentur, et media per prima, et ideo ut ista pulchritudo Ecclesie non deesset, posuit ordinem in ea, ut quidam aliis Sacramenta traderent. Suo modo Deo in hoc assimilati, quasi Deo cooperatores, sicut et in corpore naturali quedam membra aliis influunt. (D. Thom. 3 p. *supp.* q. 34, art. 1).

<sup>4</sup> Ferraris, art. *Ordo*, n. 49.

suyos y pescadores de hombres <sup>1</sup>; y les ordenó sacerdotes cuando despues de haber distribuido su cuerpo y sangre, que acababa de consagrar, les dirigió las siguientes palabras: *Haced esto en memoria de mi*; palabras omnipotentes y siempre eficaces que confieren á los Apóstoles y á sus sucesores el poder sublime de obrar el milagro que el mismo Hijo de Dios acababa de obrar, esto es, convertir el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre, y distribuirlo á los fieles. Finalmente, consagróles sacerdotes como él, segun el orden de Melquisedech, ó sea para siempre; por cuya razon el Concilio Tridentino fulmina anatema contra quien sostuviere que el carácter sacerdotal puede borrarse <sup>2</sup>.

4.º *Efectos*. Los efectos del sacramento del Orden son: 1.º dar al que lo recibe una gracia santificante que le dispone á llenar sus funciones en pro de la Iglesia; 2.º imprimir un carácter indeleble, de tal modo que nunca puede perderse, ni por consiguiente ser restablecido mediante nueva ordenacion; 3.º conferir la potestad de consagrar el cuerpo y sangre de nuestro Señor, y la facultad de remitir y retener los pecados de los hombres. Así pues, las funciones del sacerdocio no solo tienen por objeto consagrar la Eucaristia, sino que se extienden á todo cuanto dice relación con la salud espiritual de los fieles; de donde se arguye ser doble el poder que el Orden confiere, 1.º sobre el cuerpo natural de Jesucristo, que los sacerdotes pueden consagrar y distribuir á los fieles, y 2.º sobre el cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia, de cuyo cuerpo en cierto modo los sacerdotes son el alma, porque á fuer de continuadores del Hijo de Dios ellos son los que pueden enseñar, bautizar y remitir los pecados, y en suma hacer cuanto se necesita para conservar siempre este cuerpo con vida, y conducirle á su union eterna en el cielo con el nuevo Adan, que es su cabeza.

Todos estos poderes emanan del mismo Jesucristo nuestro Señor: primeramente, el poder de consagrar su cuerpo y sangre se lo dió á los Apóstoles y sucesores de ellos mediante las palabras arriba citadas: *Haced esto en memoria de mi* <sup>3</sup>; el de enseñar, bautizar y regir, mediante estas otras: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra; id, pues, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en*

<sup>1</sup> Matth. iv.

<sup>2</sup> Sess. XXIII, can. 4.

<sup>3</sup> Luc. xxii, 19.

*el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándolas á observar cuanto os he confiado* <sup>1</sup>; por fin, el de remitir los pecados y quitar todos los obstáculos que podrian impedir á los fieles llegar al cielo, por medio de la frase siguiente: *Así como mi Padre me envió, también á vosotros os envío: recibid el Espíritu Santo; los pecados serán remitidos á aquellos á quienes vosotros se los remitiereis, y retenidos á aquellos á quienes se los retuviereis. En verdad os digo que todo lo que atáreis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatáreis en la tierra será desatado en el cielo* <sup>2</sup>.

Tales son los poderes, terribles para los mismos Ángeles, que el nuevo Adan confia á sus ministros; y en vista de ello, ¿qué lengua humana ponderará la dignidad del ministerio y la eminencia del sacerdote! Grande era el primer hombre, que, hecho rey del universo, mandaba á todos los habitantes de su vasto señorío siendo por ellos dócilmente obedecido; grande era Moisés, que con una sola palabra dividia las aguas del mar, y entre sus suspensas moles abria paso á pié enjuto á todo un pueblo; grande era Josué, que decia al sol: Sol, párate, y el sol suspendia su carrera obedeciendo á la voz de un simple mortal; grandes son los reyes de la tierra, que acaudillan ejércitos poderosos, haciendo temblar el mundo al solo eco de su nombre; sin embargo hay un ser todavía mas grande que todos ellos, un hombre que diariamente, en el momento en que se le antoja, abre las puertas del cielo, y dirigiéndose al Hijo del Eterno, Monarca de los mundos, le dice: ¿Descended de vuestro trono y venid! y el Verbo de Dios, por quien todo ha sido hecho, dócil á la voz de aquel hombre, deja al instante su gloriosa morada, y toma carne entre las manos de aquel mismo hombre, mas poderoso que los reyes, que los Ángeles, y hasta que la augustísima Virgen María, pues le dice: Señor, hoy eres mi hijo, puesto te he engendrado; hoy eres mi víctima; y el Señor se deja inmolar por dicho hombre, colocar donde él quiere, dar á quien él gusta. Y este hombre, ¿quién es? el sacerdote!!!

Sí, el sacerdote no solo es todopoderoso en el cielo, y sobre el cuerpo natural del Hombre-Dios, sino que tambien lo es en la tierra, y sobre el cuerpo místico de Jesucristo; vedlo sino: un individuo cae entre los lazos del demonio, ¿quién podrá librarle? Lla-

<sup>1</sup> Matth. xxviii, 19.

<sup>2</sup> Joan. xx, 21.

mad en socorro de ese infeliz á todos los Ángeles y Arcángeles, al mismo san Miguel, jefe de la celestial milicia, vencedor de Sata-nás y de sus legiones rebeladas; todo lo que él podrá, será lanzar á los demonios que asedian al culpable, pero nunca el que reside en su corazon, ni menos romper las cadenas de aquel pecador que le invoca. ¿Á quién, pues, pedir socorro? ¿Será á María, la Madre de Dios, la Reina de los Ángeles y de los hombres, y terror del infierno? No; ella podrá interceder por aquella alma, pero no absolver ninguna de sus faltas por mínima que sea: ¡solo el sacerdote puede hacer esto!

Supóngase mas: supóngase que el Redentor en persona descien-de visiblemente á una iglesia, y ocupa el confesonario para admi-nistrar el sacramento de la Penitencia, al mismo tiempo que un sa-cerdote pasa á ocupar otro: si el Hijo de Dios dice, *yo te absuelvo*, y el ministro dice tambien por su parte *yo te absuelvo*, el peniten-te queda igualmente perdonado por una y por otra absolucion: de manera que el sacerdote, tan poderoso como Dios, puede en un instante arrancar al pecador del infierno, hacerle digno del paraí-so, y de esclavo del demonio convertirle en hijo de Abraham, has-ta el punto de que el mismo Dios debe pasar por el fallo del sacer-dote, y negar ó conceder su perdon, segun que el sacerdote niegue ó conceda la absolucion, mientras el penitente sea digno de él<sup>1</sup>. La sentencia del sacerdote va delante, y Dios no hace mas que sus-cribir á ella<sup>2</sup>. ¿Cabe imaginar un poder mas grande y una digni-dad mas enaltecida?

Despues de esto, ya no extraño que el Hijo de Dios dirija á los sacerdotes esta sublime frase: *El que os escucha me escucha, y el que os desprecia me desprecia*; y á todas las naciones de la tierra este precepto: *Guardaos de tocar á mis cristos; porque el que lo hiciere me tocará en la niña del ojo*. Tampoco es extraño ver en el Concilio de Nicea al dueño del mundo, el gran Constantino, querer solo ocu-par el último puesto despues de los sacerdotes, negándose á tomar asiento sin haber antes obtenido su permiso. Igualmente tampoco es extraño oír á san Francisco de Asis, que por humildad rehusó toda su vida el honor del sacerdocio, diciendo: Si encontrare jun-tos á un Ángel y á un sacerdote, primero doblaria la rodilla ante

<sup>1</sup> Maxim. episc. Taurin.

<sup>2</sup> Petr. Dam. *Serm.*

el sacerdote y despues ante el Ángel. No; ¡nada de esto me admira; lo que sí me admira es ver á los hombres, y hasta á los chi-quillos, despreciar á los sacerdotes!

Acabamos de explicar su poder: ¿quién explicará ahora sus be-neficios? El sacerdote es el bienhechor del género humano por sus preces, por sus instrucciones y por su caridad.

*Por sus preces.* El mundo es un gran campo de batalla donde los hombres están en continua lucha con las potencias infernales y con sus propias pasiones, y la victoria quedaria perdida para los tris-tes hijos de Adan, si unos Moiseses prepotentes no rogasen por ellos en el monte: estos Moiseses son los sacerdotes. La tierra culpable envía dia y noche hácia el cielo millones de crímenes que claman á Dios venganza, y el rayo, cual en un dia de tormenta, estallaria á cada momento sobre la cabeza de los culpables, si los sacerdotes por medio de sus preces y holocaustos no lo extinguiesen en las manos del Todopoderoso. Los hombres indigentes y culpables ca-recen del pan necesario para la vida; mas siendo pecadores, ¿có-mo podrán solicitar la bondad del Padre á quien no cesan de ultra-ajar? Entonces el sacerdote eleva al cielo por ellos sus manos puras, y un benéfico rocío viene á fecundar los campos, y la abundancia sucede á la escasez.

*Por sus instrucciones.* El mundo es un gran desierto sumido eter-namente en noche profunda, por el cual cruzan infinitos caminos que extravían á los viajeros conduciendo á un abismo, y en él se abren mil precipicios en cuyo fondo háy monstruos horribles y voraces que aguardan su presa con las fauces abiertas y los ojos centelleantes. El hombre cuando nace es un viajero que tendrá que recorrer el pe-ligroso terreno de la vida; pero ¿de dónde viene? no lo sabe; ¿á dónde va? tampoco; ¿qué camino debe tomar? mucho menos. ¿Lue-go se halla infaliblemente perdido? No por cierto; ahí está el sacer-dote, guía fiel que coge de la mano al jóven viandante, y mostrán-dole el camino le acompaña en él sin dejarle hasta haberle puesto en lugar seguro. Eso es lo que el sacerdote hace con todo hombre que viene al mundo, eso lo que hace con todo el género humano, grande y miserable ciego extraviado hasta el punto de no saber diez y ocho siglos há sino marchar de abismo en abismo, siendo el sacerdote quien le sacó siempre de los errores groseros, crueles y embrute-ci-dos de que era triste y afrentosa víctima. El sacerdote es el que ha arrancado al mundo de la barbarie, el que le impide recaer en ella,

y el que al precio de su sangre y vida civiliza cada día á las naciones salvajes, cual en otro tiempo civilizó á nuestros mayores <sup>1</sup>.

*Por su caridad.* Recorred campos y ciudades; preguntad quién fué el fundador y conservador de tantos institutos verdaderamente útiles á la humanidad, y así el niño que entra á la vida, como el anciano que sale de ella, os designarán al sacerdote; descendid al humilde tugurio del pobre, preguntadle quién le dió á comer su pan, y os confesará ser un sacerdote ó una persona estimulada por él; acercaos á la cabecera del enfermo, á quien todo el mundo abandona y de quien todo el mundo se burla, y ¿cuál es el ángel consolador que derrama en su corazón el bálsamo del consuelo y de la esperanza? ¡un sacerdote! Penetrad en el calabozo del preso, y ¿á quién veréis aligerar el peso de sus cadenas? ¡al sacerdote! Subid sobre el cadalso del ajusticiado, y ¿á quién veréis al lado de la víctima? ¡también á un sacerdote, el cual con una mano le designa la cruz y con la otra el cielo! Recorred, en fin, toda la escala de las miserias espirituales y corporales de la triste humanidad, y ni una sola encontraréis que el sacerdote no esté aligerando á cada momento sin boato, sin ostentación, y sin esperanza ó compensación alguna humana.

Todos estamos obligados á querer á nuestros enemigos como á nosotros mismos, y sin embargo hoy no se quiere al sacerdote, hoy se le aborrece, y se le hace blanco de sacrilegas befas y de impías ojerizas; el sacerdote empero lo recibe todo sin quejarse: porque el discípulo no ha de ser mas que su Maestro, y su boca solo se abre para perdonar, como sus brazos solo se levantan para bendecir, contestando á los que se conducen de verle así postergado, amancillado y perseguido, con las palabras de su divino Señor cuando caminaba al Calvario con la cruz á cuestas: ¡Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos! El pueblo que ultraja á sus sacerdotes se asocia al crimen de los judíos, y participará de los mismos castigos; pero entre tanto el ministro del santuario, cual los primitivos cristianos retardaban con todo el poder de sus preces la caída del imperio romano, conjura por medio de sus súplicas y ruegos la tormenta que va á desencadenarse contra el mundo criminal. Imitador del divino Modelo, procura seguir su camino

<sup>1</sup> Aquí pueden citarse las recientes cartas de los misioneros de Oceanía (*Anales de la Propagación de la Fe*, n. 36).

practicando el bien, y hasta á sus mas encarnizados enemigos hace partícipes de su caridad; óigase este ejemplo:

Un hombre desalmado, que durante la época de nuestras discordias cometió los mas horrendos delitos salpicándose muchas veces con la sangre de los sacerdotes, cayó enfermo: habia jurado que jamás clérigo alguno pondría el pié en su casa, y que si alguno se atrevia á hacerlo por sorpresa, no volveria á salir con vida. En esto el mal fué agravándose, y un sacerdote sabedor de ello, á pesar de constarle las hostiles prevenciones del enfermo, y sabiendo que el buen pastor debe exponer su vida por su oveja, no vaciló, cerró los ojos al peligro y entró en la casa. El enfermo al verle se pone furioso, y recogiendo todos sus alientos, ¡cómo! exclama con acento terrible, ¿un clérigo en mi casa? ¡Que me traigan mis armas!—Hermano mio, le pregunta el sacerdote, ¿para qué las quereis? Yo puedo oponer otras mas fuertes, que son mi caridad y mi constancia.—¡Mis armas! vuelve á vociferar aquel furioso, ¡no quiero clérigos á mi lado!!! Viendo que no le daban las armas, sacó por entre las sábanas un brazo nervudo, y amenazó con él al eclesiástico diciéndole: ¡Sabe que este brazo ha degollado á doce de los tuyos!—Os engañais, hermano mio, responde mansamente el sacerdote, sobra uno en la cuenta; el duodécimo no murió; ¡miradle, yo soy! aquí están, añadió descubriendo su pecho, las cicatrices de las heridas que me hicisteis; Dios me conservó la vida para que pudiera salvaros; y esto diciendo le echó los brazos al cuello abrazándole tiernamente, y le ayudó á bien morir. Si mil ministros no han dado este ejemplo, es porque á uno solo se ha ofrecido hacerlo: tal es el sacerdote!!!

5.º *Disposiciones para recibir el sacramento del Orden.* Además del competente saber y de una virtud mas que comun, propio de los que han de ser guías y modelos del rebaño, los aspirantes á las sagradas órdenes necesitan 1.º tener la edad requerida por los Cánones, que es de veinte y dos años para el subdiaconado, de veinte y tres para el diaconado, y de veinte y cinco para el sacerdocio <sup>1</sup>, disciplina en verdad muy sabia, pues si aun para los empleos del mundo se requiere que el hombre sea de edad reposada, ¿con cuánta mas razón la Iglesia debe exigir este requisito de los que aspiran á la elevada dignidad sacerdotal? 2.º estar libres de toda censura ó irre-

<sup>1</sup> Conc. Trid. sess. XXIII, c. 12.

gularidad que pudiera hacerlos indignos del ministerio eclesiástico, ó inhábiles para ejercer sus funciones; 3.º tener una vocación decidida á este estado, pues Dios es dueño de escogerse sus ministros como el rey sus servidores y oficiales.

6.º *Necesidad del sacramento del Orden.* Es igualmente necesario á la Iglesia y á la sociedad: sin este Sacramento, que da ministros á la Iglesia y superiores á los fieles, la Iglesia dejaría de constituir una sociedad, y todo sería en ella confusión y desorden; pues ninguna sociedad puede existir sin superiores que manden, ni inferiores que obedezcan: no existiendo la Iglesia, estaría perdida la sociedad civil, de la que ella es el alma, pues según veremos más adelante no hay sociedad sin Religión, no hay Religión sin Iglesia, no hay Iglesia sin obispos y sacerdotes, y no hay sacerdotes sin el sacramento del Orden; por manera que este Sacramento es el verdadero eje de la Religión y del Estado. En vista de esto, ¿quién extrañará que el nuevo Adán y su esposa la Iglesia, antes de conferir los poderes y la dignidad del sacerdocio, exijan largas pruebas y dificultosos preparativos? Precisamente en eso resplandece toda la alteza de su divina sabiduría.

El primer paso hacía el santuario es la recepción de la tonsura. Según los más antiguos y respetables Doctores de la Iglesia, ella precede del tiempo de los Apóstoles, no faltando quien diga que el primero que la estableció fué san Pedro en memoria de la corona de espinas de nuestro Señor Jesucristo<sup>1</sup>. Sea de esto lo que fuere, es positivo que en el siglo VIII era ya cosa añeja<sup>2</sup>; pero en aquellos tiempos el rapar la cabeza venía á ser ignominioso y degradante, como signo de esclavitud entre griegos y romanos<sup>3</sup>, por cuya razón, según san Cipriano, á los cristianos condenados á las minas se les cortaba el pelo y la barba<sup>4</sup>. La corona clerical es, pues, una señal de modestia y de renuncia del mundo, y una profesión de amor á la cruz y á las humillaciones de Jesucristo, quien mediante ellas triunfó del mundo; y así no deben ser otras las armas de sus discípulos. Por tanto la primera diligencia de los que aspiren al honor de continuar

<sup>1</sup> S. Dionys. *De Eccl. hierar.* c. 6, part. II; S. Aug. *Serm. XVII ad patres in eremo*; S. Hier. *in c. XLIV Ezech.*; Raban. Maur. *Lib. de Institut. cleric.*; Bed., *Lib. V Hist. angl.* c. 22.

<sup>2</sup> Véase Fleury, *Institución del derecho canónico*, parte I, c. 5.

<sup>3</sup> Aristoph. *in Avibus*; Philostr. *lib. VII.*

<sup>4</sup> Epist. LXXVII.

la misión del apostolado es tomar las insignias del Hombre-Dios simbolizadas en la tonsura, cuya significación hacen resaltar debidamente las preces y ceremonias que la Iglesia usa al practicarla.

El obispo sentado en un sillón en medio del altar, al igual que el Salvador en medio de sus discípulos, llama á los tonsurandos sucesivamente por su nombre, con lo cual da á entender que nadie entra por sí mismo en la sagrada milicia, si no es llamado por Dios como Aaron<sup>1</sup>. Respondiendo que están presentes, adelántanse hácia el altar, como para manifestarse solícitos en corresponder á la gracia de su vocación: visten todos sotana, esto es, la túnica negra que la Iglesia ha adoptado para sus ministros, la cual en su forma y color les recuerda que han de estar muertos para el mundo, y renunciar, mediante la mortificación, á los deseos de la vida presente; llevan además doblado sobre el brazo izquierdo una sobrepelliz blanca, símbolo de su inocencia, y en la mano derecha una vela encendida, imagen elocuente de la caridad que arde en sus corazones y que les mueve á consagrarse á Dios y consumirse en su servicio<sup>2</sup>.

Puesto ya de rodillas al pié del altar, el obispo se levanta para pedir á Dios se digne trocar, purificar y abrasar el corazón de sus nuevos servidores, y todo el pueblo uniendo su voz á la del pontífice, entona el salmo que empieza: «Consérvame, Señor, porque en «tí esperé.» Mientras el coro sigue cantando, el obispo con unas tijeras corta en cruz los cabellos del tonsurando, quien á su vez dice estas palabras, que expresan su deseo de apartarse del mundo y juntarse solo con Jesucristo: «¡El Señor es mi herencia y mi cáliz! Vos «sois, Dios mío, quien me devolveréis mi herencia.» Seguidamente el obispo le reviste la sobrepelliz, símbolo de la inocencia que en él deberá siempre resplandecer, diciéndole: «El Señor te revista del «hombre que á imagen de Dios fué criado, en estado de justicia y «de perfecta santidad.» Desde aquel punto el clérigo no pertenece más al mundo; ya es de Dios, cuya librea tiene puesta, y el nuevo Adán deberá ser para siempre su modelo.

La tonsura no es el Orden, sino solo una ceremonia sagrada que la Iglesia estableció para separar del mundo á los que son llamados al ministerio eclesiástico, viniendo á ser una especie de noviciado que conduce á la clerecía, que subordina á las leyes propias de los miem-

<sup>1</sup> Hebr. v, 4.

<sup>2</sup> Véase Mr. Thiral, *Espíritu de las ceremonias de la Iglesia*, pág. 141.

bros del clero, y que predispone á recibir las órdenes. No basta, empero, separar del siglo á los destinados á constituir la tribu santa, y reservados para ser la lumbrera del mundo, la sal de la tierra y los auxiliares de Jesucristo en la obra de la redención; un ejército para vencer ha de estar bien disciplinado, teniendo jefes y soldados, cada uno con su encargo y servicio especial; hé aquí por qué Jesucristo estableció diferentes órdenes de clericatura. «Siendo el sacerdocio, «dice el Concilio Tridentino, una cosa del todo divina, á fin de que «pudiera ejercerse con mayor respeto y dignidad, consideróse conveniente al buen régimen de la Iglesia que hubiera varios y diferentes órdenes de ministros, los cuales por el deber de sus cargos «ayudasen á los sacerdotes en el desempeño de sus funciones, y previamente condecorados con la tonsura clerical ascendiesen por estos diferentes órdenes, como por otros tantos escalones, á la cumbre del santuario <sup>1</sup>.»

Á tenor de estas palabras del sacro Concilio, podemos considerar el altar como un monte santo y temible, al cual no se sube sino lentamente tras largas y severas purificaciones, siendo las gradas de esta montaña misteriosa los diferentes órdenes del clero. Estos órdenes son siete: cuatro menores, *Portero*, *Lector*, *Exorcista* y *Acólito*, y tres mayores, *Subdiaconado*, *Diaconado* y *Sacerdocio*. Esta division data de los tiempos apostólicos <sup>2</sup>. Oigamos sobre el particular al angélico Doctor, cuyas palabras son admirables:

«Todos los órdenes, dice, se contraen á la Eucaristía, y su dignidad está en razon de la relacion más ó menos directa que tienen con este Sacramento adorable. En lo más alto se halla el sacerdote, que consagra el cuerpo y la sangre del Salvador; en segundo lugar el diácono, que lo reparte; en tercero el subdiácono, que prepara en los vasos sagrados la materia destinada á la consagracion; en cuarto el acólito, que la prepara y presenta en vasos no sagrados; y en último lugar los demás órdenes que deben predisponer á recibir la Eucaristía á los que son impuros ó inmundos. Impuro ó inmundo se puede ser de tres maneras: unos bautizados é instruidos, pero comprendidos entre los energúmenos, lo cual les veda el acceso á la sagrada mesa; por cuya razon en quinto lugar figuran los exorcistas como establecidos para librar del demonio á estos

<sup>1</sup> Sess. XXIII.

<sup>2</sup> *Cartas del papa san Cornelio en 251; concilio IV de Cartago en 398.*

«cristianos noveles y propiciarles al banquete celestial; otros ni «bautizados, ni bastante instruidos, aunque con deseo de serlo, por «cuya razon en sexto lugar figuran los lectores encargados de preparar con sus instrucciones á los tales para recibir el Sacramento «del altar; y otros por fin infieles, y de consiguiente indignos de «tomar parte en los sagrados misterios, por cuya razon en séptimo «lugar figuran los porteros, cuyo cometido es alejar á los mismos «de la asamblea de los fieles <sup>1</sup>, como tambien cuidar del arreglo y «la limpieza del templo material, en el que se ha de ofrecer el augusto sacrificio <sup>2</sup>.» ¿No es esto una jerarquía admirable? Por ahí se verá cuánto gana la Religion si se la estudia.

#### *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido el sacramento del Orden para perpetuar vuestra presencia real entre los hombres, y dar ministros á vuestra Iglesia; haced que sea muy respetado este Sacramento, así como los que lo reciben.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rogaré muy á menudo por los sacerdotes.*

<sup>1</sup> Estos varios ministros, consagrados por su estado al culto de Dios y servicio de la Iglesia, se comprenden colectivamente bajo el nombre de clérigos, cuya voz significa escogidos del Señor, constituyendo su porcion, y teniendo al Señor por herencia. (*San Jerónimo á Nepociano*).

<sup>2</sup> 3 p. supp. 9, art. 2.